

EDITORIAL

Evitar el daño y no dejar rastros

El desafío es doble: seguir evitando cualquier impacto ambiental mientras la nave permanece en el lugar, y asegurar que su retiro definitivo se concrete en el menor tiempo posible. La tranquilidad de los pescadores, la protección del ecosistema y el respeto por el territorio así lo exigen.

El encallamiento de la embarcación "Don Juan II" en el sector de Rinconada de Taucú, en Cobquecura, levantó las alertas por la fragilidad de los ecosistemas costeros de la Región de Ñuble frente a imprevistos no acostumbrados en la zona. Si bien, afortunadamente, no hubo personas lesionadas tras el accidente, la presencia de una nave varada en una zona de alto valor ambiental y productivo generó inmediata preocupación.

Se trata de un borde costero donde la actividad de la pesca artesanal convive con un ecosistema particularmente sensible, que sustenta no solo la economía local, sino también una identidad profundamente arraigada en el territorio, aledaño al Santuario de la Naturaleza representado por la Lobería. Cualquier evento que altere ese equilibrio genera una legítima preocupación en las comunidades.

En este contexto, resulta necesario valorar el trabajo coordinado que han desplegado autoridades, la Armada, los equipos de emergencia y la propia comunidad. La rápida evacuación de los 11 tripulantes, el monitoreo permanente del lugar y, especialmente, las labores de extracción de combustible desde la nave han sido acciones clave para evitar una emergencia ambiental mayor.

El retiro de cerca de 1.000 litros de diésel, sumado a la proyección de extraer el remanente en los días siguientes, constituye una señal concreta de que se está actuando con sentido de urgencia en el ámbito más crítico: prevenir un eventual derrame. Hasta ahora, los informes indican que no se ha registrado contaminación, lo que confirma la efectividad de estas medidas iniciales.

Sin embargo, el problema está lejos de resolverse. La imposibilidad de retirar la embarcación en el corto plazo, debido a las condiciones del mar, prolonga la incertidumbre. La opción de dismantelar la nave en el lugar aparece como una alternativa plausible, aunque su ejecución dependerá de evaluaciones técnicas y de la evolución del oleaje.

Es aquí donde se vuelve indispensable mantener el foco. Si bien las restricciones naturales son ineludibles, también es cierto que la permanencia del casco en la playa no puede extenderse indefinidamente. Cada día que pasa, más allá de la ausencia de contaminación visible, se mantiene una alteración evidente del entorno y una fuente latente de riesgo.

Una vez que las condiciones marítimas lo permitan, es fundamental acelerar al máximo los procesos para el retiro total de la embarcación. No basta con controlar la emergencia: es necesario restituir el espacio a su estado original, sin rastros de un incidente que nunca debió ocurrir.

Cobquecura no puede transformarse en un símbolo de resignación frente a este tipo de hechos. Por el contrario, debe ser un ejemplo de cómo una respuesta oportuna, coordinada y eficaz permite no solo contener los daños, sino también recuperar la normalidad con prontitud.

El desafío es doble: seguir evitando cualquier impacto ambiental mientras la nave permanece en el lugar, y asegurar que su retiro definitivo se concrete en el menor tiempo posible. La tranquilidad de los pescadores, la protección del ecosistema y el respeto por el territorio así lo exigen.